

equivale á decirles salud y alegría.» Aquel fué el término de la marcha hacia adelante.

Cartier regresó al abra de Santa Cruz, en donde sus compañeros, durante su ausencia que había durado tres semanas, habían construido un fuerte armado con artillería. Era entonces á mediados de octubre y se aproximaban los largos meses de invernada, que duró hasta fines de abril de 1536. El 16 de mayo abandonaba Cartier aquella obra, dejando en ella uno de sus buques por falta de dotación suficiente para tripularlo. En 1843, los habitantes de Quebec encontraron sepultado en el fango el casco de aquella embarcación y enviaron algunos fragmentos del mismo al museo de Saint-Malo.

La expedición, después de haber descendido por el San Lorenzo, pasó por delante de la isla hoy denominada del Príncipe Eduardo á fin de franquear el estrecho entre Terranova y el cabo Bretón y llegar á la isla San Pedro, en donde encontró muchos buques franceses dedicados á la pesca del bacalao. De este modo pudo reconocer Cartier que Terranova no era, como entonces se creía, una parte meridional del continente, descubrimiento muy importante y que no fué debidamente apreciado, como lo demuestra el hecho de llevar actualmente aquel paso el nombre de estrecho de Cabot.

La expedición estuvo de regreso en Saint-Malo en 9 de julio de 1536; su viaje había durado cerca de quince meses.

Pero Cartier no regresaba en ocasión favorable: Francisco I hallábase nuevamente en guerra con Carlos V y el 25 de julio los imperiales invadían la Provenza, siendo muy probable que en medio de tales peligros nadie fijara gran atención en él. Por lo menos costó gran trabajo hacerse indemnizar de los gastos de su viaje: en 1537 el rey acabó por cederle el *Hermine* con sus «aparejos y municiones» á fin de compensar una parte de las cantidades que se le debían y no se le podían pagar; y hasta el año 1538 no logró Cartier que se le satisficieran los créditos que tenía contra el Tesoro, recibiendo además «cincuenta escudos de oro sol» para la manutención de los salvajes que había traído consigo y mantenido por espacio de dos años por orden del rey.

A pesar del éxito del viaje de 1535, transcurrió algún tiempo sin que se pensara en organizar una nueva expedición. Por fin, desde 1539 á 1541, un hidalgo picardo, Juan de la Rocque, señor de Roberval, preparó una tentativa de colonización del Canadá y el rey le otorgó, por letras patentes, grandes privilegios y le permitió escoger en las cárceles un determinado número de condenados á muerte ó «á otras penas» para que le acompañaran. Cartier fué nombrado «capitán general y piloto

mayor» de todos los buques. Los preparativos parecían ser tan considerables que el rey de España llegó á alarmarse y envió á las Baccalhaos una carabela para enterarse de la situación que allí ocupaban los franceses, y el Consejo de Indias envió á Francia un espía á fin de que le informara sobre la proyectada expedición. Este emisario manifestó que se armaban trece buques en Saint-Malo y cuatro en Honfleur, lo que distaba mucho de ser cierto. Cartier salió con solos cinco barcos en 13 de mayo de 1541, y el 23 de agosto llegó á Santa Cruz, en donde esperó casi nueve meses á Roberval; mas viendo que no recibía de éste noticia alguna, hubo de regresar á Francia en tanto que Roberval, con dos buques, se dirigía al Canadá. Las dos flotillas se cruzaron en Terranova, pero Cartier se negó á volver atrás en compañía de un asociado de quien tenía motivos de queja. La tentativa de colonización fracasó por completo, habiendo perecido en ella muchos hombres; y en 1544 Cartier fué nuevamente enviado á las regiones del San Lorenzo, pero sólo con el objeto de recoger los restos de la expedición.

Aunque Cartier fundó el fuerte de Charlesburgo real, cerca de la actual ciudad de Quebec, y Roberval sentó los primeros cimientos de la colonia de Franceroy, la idea de un establecimiento en el Canadá quedó abandonada durante más de medio siglo, no debiendo ser llevada á la práctica hasta principios del siglo XVII en que la realizó Champlain. De todos modos, el navegante de Saint-Malo fué el primero que, en 1536, plantó en las orillas del San Lorenzo el escudo de armas de Francia con la divisa: *Franciscus primus Dei gratia Francorum rex, regnat*; y en memoria de sus viajes habíase dado á aquellas regiones el nombre de Nueva Francia.

A pesar del vivo interés que inspira el espectáculo de estos esfuerzos y de estos heroísmos, lo cierto es que las circunstancias que acompañaron el final del reinado de Francisco I los hicieron estériles ó poco menos: el Canadá fué abandonado; la causa francesa no se vió apoyada en el Brasil, y nada quedó de las grandes navegaciones que llegaron hasta el Océano Indico y aun hasta el Océano Pacífico. Las costumbres del comercio marítimo, lo mismo que las condiciones de la industria, no sufrieron modificaciones profundas. Y es que la nación intervino poco en las tentativas de sus nacionales, que apenas conoció y en las cuales no imprimió ni el gran impulso ni la continuidad que sólo resultan de la participación del espíritu público; de suerte que, propiamente, no hubo evolución, porque no hubo acción de conjunto. La historia de las empresas coloniales no es más que un episodio, brillante, pero efímero, en el siglo XVI francés.

Facsimile de la firma de Jacobo Cartier

LIBRO QUINTO

LA EVOLUCIÓN INTELECTUAL (1)

CAPITULO PRIMERO

LA ERUDICIÓN Y LA LITERATURA

I. Generalidades sobre el Renacimiento en tiempo de Francisco I.
—II La erudición y la formación de las inteligencias.—III. Los escritores.

I.—Generalidades sobre el Renacimiento en tiempo de Francisco I

Las obras literarias y artísticas del tiempo de Carlos VIII y de Luis XII demuestran cuán distante estaba aún Francia del Renacimiento italo-antiguo en el momento de entrar en escena la generación de Francisco I. El nuevo reinado corresponderá precisamente á la formación del clasicismo francés cuya teoría se formulará á mediados del siglo.

La civilización del Renacimiento había alcanzado en Italia su máximo desarrollo bajo los pontificados de Julio II (1503-1513) y León X (1513-1521). Por un contraste á menudo observado jamás hubo en las ciudades de aquella península aparato de riqueza y de lujo que en tiempo de las invasiones extranjeras, cuando sucumbió su poderío y algunas veces también su libertad. En Roma, en Florencia, en Milán mismo, ciudad tantas veces ganada y perdida, en Mantua, en Ferrara, en Venecia, que por un momento hubo de sostener el peso de una coalición, la vida no fué menos brillante que en el siglo XV. Todo era motivo para solemnidades espléndidas: los príncipes de Este, los marqueses de Mantua, los cardenales de Roma, tuvieron la misma afición que sus predecesores á las artes y á las letras y contaron con iguales recursos para satisfacerla: nada más hermoso que las fiestas celebradas en Ferrara y presididas por Ariosto; Federico Gonzaga hizo construir en 1525 cerca de Mantua el palacio del *Te*; pero nada comparable con las obras emprendidas en Roma, en donde Julio II había hecho comenzar por Bramante en 1506 la iglesia de San Pedro y encomendado á Miguel Angel el Moisés y los frescos de la capilla Sixtina y á Rafael las *Estancias* del Vaticano, y

(1) No hay un libro de conjunto sobre el Renacimiento francés, pero sí hay, sea respecto de la literatura, sea por lo que se refiere al arte, un número considerable de obras generales ó particulares y de artículos, algunos de ellos muy importantes, desgraciadamente dispersos en las revistas de París y de provincias. Más adelante, en el párrafo tercero de este capítulo, enumeraremos la bibliografía general para la literatura y en el capítulo II la relativa al arte. En cuanto á este párrafo primero (Generalidades sobre el Renacimiento) podemos limitarnos á hacer referencia al capítulo II del libro II.

en donde León X mandó decorar las *Logias* y continuar las *Estancias*. Rafael murió en 1520 y Leonardo de Vinci en 1519; pero Miguel Angel seguía en plena actividad. Allá por los alrededores del 1520, Ticiano, Julio Romano y Andrés del Sarto gozaban de reputación universal; Maquiavelo había publicado el *Discurso sobre la primera década de Tito Livio* y Ariosto los primeros cantos de *Orlando furioso*. Nunca el genio italiano había parecido más bello, más seductor, más irresistible, y con él el genio antiguo, porque en realidad era éste el que triunfaba en Italia. Durante los últimos años del siglo XV y los primeros del XVI, prodújose un «recrudescimiento del clasicismo»: los autores griegos y latinos fueron cada día más conocidos y vulgarizados; los arqueólogos estudiaron científicamente los monumentos de Roma; practicáronse excavaciones, y se estudió más á fondo Vitrubio. Julio II reunió en el museo del *Belvedere* estatuas antiguas como el Apolo, el Lacoón, la Ariana, Cómodo, Antinoo, y en todas partes se formaron colecciones de originales ó de vaciados. Por esto las obras de la época llevan impreso el carácter de la antigüedad, en la cual se inspira Bramante para el templo de San Pedro y á la que Rafael glorifica en la *Escuela de Atenas*.

Por aquel mismo entonces comenzaban á transformarse Alemania y los Países Bajos; Erasmo fué el brillantísimo representante de aquel Renacimiento del siglo XVI. En Basilea y en Estrasburgo los humanistas enseñaron el griego, el latín y la filosofía de Platón; á Alemania fueron llamados artistas italianos, y así se explica que ciertos edificios de Praga y de Augsburgo, construídos en el siglo XVI, con sus columnas, sus arcos de medio punto y sus arabescos, se parezcan á monumentos de Pavia ó de Florencia. Esto no obstante, no desaparecen desde luego las tradiciones nacionales alemanas; en efecto, se sigue construyendo según el estilo gótico y el libro del *Weiss König* (Rey prudente), escrito para Maximiliano é ilustrado por Burgkmaier, contiene paisajes del Tirol ó de la Selva negra, casas alemanas y caballeros con armaduras de hierro ó con sombreros de grandes penachos (2).

Esta mezcla de inspiraciones aparece de un modo manifiesto en Alberto Durrero (1471-1527) y en Holbein (1498-1543): el primero fué á Venecia y en algunos de sus cuadros se ve perfectamente que había conocido obras italo-antiguas; pero pinta también escenas religiosas de espíritu completamente germánico, paisajes

(2) *Der Weiss König, eine Erzählung von den Thaten Kaisers Maximilian des Ersten nebst den von Hanssen Burgkmaier... dazu verfertigten Holschnitten...*, edición de 1775.

alemanes y retratos realistas. Asimismo Holbein representa habitantes de Basilea vestidos a la moda de la ciudad y de la época, pinta una *Danza macabra* al propio tiempo que dibuja a *Erasmus apoyado en el dios Término*, rodeado de pilastras adornadas con sátiros, sirenas y atributos antiguos. Hasta en los Países Bajos encontramos discípulos de Rafael y se empieza a construir edificios de estilo italiano; pero también encontramos sucesores inmediatos de Memling y artistas místicos ó realistas del siglo xv.

De manera que los franceses se hallaban por el lado de Francia enfrente del más puro clasicismo, y del lado de Alemania ó de las Flandes encontraban las tradiciones de la Edad media en extremo debilitadas.

Sentíanse, por consiguiente, arrastrados hacia el Renacimiento; pero todavía no se entregaron a él por entero ni de un modo repentino.

Hasta 1530 aproximadamente, los aficionados, los literatos, los artistas se lanzaron a las novedades de Italia, con entusiasmo, con pasión, pero al azar; hombres de sentimiento, ante todo, no tenían ideas preconcebidas ni eran mucho más exclusivos que sus predecesores del tiempo de Luis XII. Aún no se habían pronunciado las palabras decisivas contra la Edad media. Sólo después de 1530 organizase la doctrina con la primera fundación del Colegio de Francia (1), y en el mismo momento llegan los italianos Rosso y Primaticcio, que se establecieron en Francia trayendo a ella las lecciones de Miguel Angel y de Rafael ó de sus discípulos.

Los sentimientos de los franceses respecto del Renacimiento no fueron unánimes; en la burguesía, en las provincias, hubo no una resistencia, pero sí una especie de inercia en aceptar las ideas del mismo. Las gentes de las clases medias se interesaban poco por aquella literatura demasiado refinada, por aquel arte exótico, y permanecían encastillados en sus antiguos hábitos educativos. Muchos artesanos, maestros de obras, escultores de las corporaciones miraban con desconfianza a los extranjeros y acogían con desagrado unas formas de arte que echaban abajo todos sus procedimientos; y las universidades y los colegios no renunciaban de buena gana a sus métodos consagrados por el tiempo. Todo esto era suficiente para que los cambios fuesen muy lentos; pero además, desde el día que las doctrinas de Lutero penetraron en Francia, hacia el 1520, los eruditos ó los literatos que adoptaban las doctrinas del humanismo fueron sospechosos a los ojos de los conservadores y de los creyentes, y la Universidad, la Sorbona, el pueblo mismo, se unieron contra la erudición que, en su concepto, se confundía con la Reforma y con el libre pensamiento.

En efecto, el Renacimiento es laico y aristocrático por esencia. Con el siglo xvi desaparece casi por completo la literatura eclesiástica (2); constrúyense más castillos que iglesias y la pintura representa más escenas mitológicas que piadosas leyendas, ó bien cuando se conservan entre los temas artísticos los asuntos religiosos, éstos son interpretados dentro de un espíritu que nada tiene de cristiano y por gentes que han visto demasiados bajo-relieves y están hartos familiarizadas con la mitología.

(1) Véase la página siguiente.

(2) Por supuesto, salvo la controversia católica y protestante.

Pero, en cambio, hay también varias causas que favorecen el éxito del Renacimiento en Francia: el valor superior de la civilización antigua en que aquél se inspiraba; el impulso que fuera de aquí adquiría, la facilidad de propaganda que encontraba en el desarrollo de la imprenta y el entusiasmo que provocaba en las almas enamoradas de la libertad de pensar. Su novedad, su atrevimiento, todo lo que de brillante tenía su inspiración, aseguraban una clientela entre las clases elevadas a los escritores, a los eruditos y sobre todo a los artistas, porque las obras arquitectónicas, escultóricas y pictóricas satisfacían al mismo tiempo las aficiones al bienestar y al lujo entonces tan extendidas, y porque las fortunas políticas y financieras que tan rápidamente se hacían y se deshacían, se apresuraban a ostentarse por medio de la edificación de suntuosas moradas.

Es un verdadero problema saber hasta qué punto reaparece el temperamento regional en la aplicación de doctrinas que por su carácter de abstracción tendían a la uniformidad. Lyon tuvo su escuela de poetas; el arte de Normandía no se pareció en nada al del Langüedoc; el de Bretaña conservó hasta en pleno siglo xvii un sabor de terruño; y Troyes y Dijón produjeron obras en parte originales. Pero estas diferencias sólo se observan en las obras que permanecen fieles a las antiguas tradiciones, y apenas se notan en las concebidas según las nuevas doctrinas: así el monumento de estilo Renacimiento era casi parecido en Tolosa, en Limoges, en Ruán y en París, lo cual se explica porque el mismo artista iba a trabajar a diversas regiones de Francia y en nada variaba su procedimiento, introduciéndolo en el país sin recibir inspiraciones locales. Estos cambios de residencia de los artistas y los continuos viajes de la corte fueron los que propagaron las ideas.

II.—La erudición y la formación de las inteligencias (3)

Para darse cuenta de la evolución intelectual de Francia durante la primera mitad del siglo xvi y para comprender cómo se prepararon los escritores de la segunda mitad, es necesario estudiar más la erudición que la literatura, porque los sabios y también los pedagogos son los que poco a poco han transformado las inteligencias, los unos haciendo renacer en nuestra patria el conocimiento de las civilizaciones antiguas, los otros introduciéndolo en la educación.

Ya hemos visto que los eruditos franceses de fines del siglo xv y principios del xvi habían estudiado en las escuelas de Italia y de Alemania y mantuvieron relaciones con estos países, tanto con el segundo como con el primero; sin embargo, la ciencia francesa no tardó en hacerse independiente, pues mientras los italianos buscaban en los escritos antiguos especialmente modelos de estilo, los franceses fueron más bien filólogos, siguiendo de esta suerte las huellas que desde fines del reinado de Luis XII dejara el gran Budé, el maestro de toda la generación.

(3) FUENTES.—Du Boulay, *Historia Universitatis Parisiensis*, tomo VI, 1678. C. Jourdain, *Index chronologicus Chartarum pertinentium ad historiam Universitatis parisiensis*, dos volúmenes, 1856. *Répertoire des ouvrages pédagogiques au XVI^e siècle*, «Memoires et documents scolastiques», publicadas por el «Musée pédagogique», fascículo 3.º, 1886.

La fundación del colegio de Francia es el hecho decisivo en la historia de la erudición francesa (1), y las ideas que la inspiraron llevan claramente impreso el sello de la época. El Colegio de Francia fué una asociación libre y abierta de hombres que profesaban las

joven é independiente, si bien su versatilidad y sus vacilaciones le hicieron retrasar diez años y más la ejecución de su proyecto, y aún no lo realizó de una manera completa.

Primeramente había pensado en Erasmo, que en



Facsimile reducido de un grabado en madera de Juan Holbein

mismas doctrinas y que vino a reemplazar al concepto corporativo, exclusivo y cerrado, que representaba la Universidad: fué la ciencia separada del pensamiento religioso, la tradición de la Edad media abandonada y la antigüedad triunfante.

Francisco I, con su inteligencia abierta y su pasión por las novedades, dió gustoso oídos a los que solicitaban de él que estableciera una institución científica

(1) Véase sobre todo Abel Lefranc, *Histoire du Collège de France*, 1893.

tonces se hallaba en la plenitud de su fama, para la creación y dirección de la empresa, y en 1517 hizo que le escribieran invitándole a venir a Francia. Tratóbase de fundar un colegio de lenguas antiguas, á imitación del que acababa de instituirse en Lovaina, siendo los promovedores del proyecto Budé, el obispo de París Esteban Poncher y el confesor del rey Guillermo Petit. Habiéndose excusado Erasmo, Budé propuso en 1521 la fundación de un «Colegio de jóvenes griegos en Milán;» lo cual equivalía á empuñeñecer consi-

derablemente el plan primitivo, desde el momento en que sólo se trataba de enseñar el griego y aun de enseñarlo fuera de Francia; pero ni siquiera en tan modestas proporciones pudo llevarse á cabo, gracias á la falta de dinero, á las dificultades políticas y á la pérdida del Milanesado.

En el entretanto, Erasmo y Budé habían reñido, y además todo cuanto procedía de Alemania comenzaba á inspirar alarma á causa del naciente luteranismo. El idioma griego era considerado poco menos que como herético por la Sorbona, que veía en él un medio de comprobación de las Sagradas Escrituras; mas á pesar de ello, Budé no se desanimaba y en el prefacio de los *Commentaires sur la langue grecque* (*Comentarios sobre la lengua griega*) escribía: «Nos habéis prometido, Príncipe; con esa bondad natural y espontánea que os es propia, que fundaríais una escuela, un vivero, en cierto modo, de sabios, de famosos eruditos... Según vuestras promesas, debía construirse un magnífico edificio en donde se enseñarían las dos lenguas (griega y latina),» y conjuraba al rey á que cumpliera sus compromisos.

Acababa entonces de firmarse la paz de Cambrai con Carlos V, y Francisco I se dejó convencer fundando en 1530 cátedras de griego y de hebreo, á las que pronto se agregaron otras de matemáticas y de latín. Así empezó el Colegio Real, el futuro «Colegio de Francia,» con unos profesores á quienes se llamaba «lectores reales,» «lectores del rey en la Universidad de París» ó simplemente profesores de la Universidad. Pero aquella nueva institución fué durante mucho tiempo puramente aparatosa y vacilante, á pesar de que en 1531 se decretaron fondos para los honorarios de los profesores.

Por otra parte, Francisco I repetirá durante todo su reinado que «meditó la fundación» del Colegio de Francia. En 1539, pareció que quería pasar á vías de ejecución, y el tesorero del Ahorro recibió el encargo de pagar los gastos de construcción é instalación del «Colegio de las tres lenguas, acompañado de una bella y suntuosa iglesia» que debía establecerse en el hotel de Nesle; pero tampoco esta vez se pasó de las intenciones medio realizadas, y Duchatel, en la *Oración fúnebre del rey*, dirá: «Si no hubiese muerto tan pronto (treinta años hacía en 1547 que el proyecto se hallaba en suspenso), habría hecho, como había indicado, un colegio de todas las disciplinas y lenguas, con cien mil libras de renta como fundación, para seiscientos pensionados, escolares pobres.» No se sabe de dónde habría sacado el rey aquellas cien mil libras anuales cuando pagaba con tanta irregularidad las cuatrocientas que como honorarios debían percibir los profesores.

La Sorbona hizo á la institución de los lectores reales una oposición tanto más temible para éstos cuanto que oficialmente continuaban formando parte de la Universidad. En 1534, la facultad de Teología pedía al Parlamento que les prohibiera enseñar hasta que hubiesen obtenido autorización para ello, autorización que, en su concepto, sólo ella tenía el derecho de conceder; pero esta tentativa fracasó, gracias probablemente á la intervención del rey. En 1546, éste otorgó á los profesores del Colegio letras de *committimus* que les daban el privilegio de no estar sometidos á más juris-

dicción que á la de la Sala de reclamaciones del Palacio; además, por aquel entonces habíase ampliado el establecimiento, contándose en él tres cátedras de hebreo, tres de griego, dos de matemáticas, una de medicina y una de latín.

El Colegio tenía á su frente un director, cargo que desempeñaron primeramente Jacobo Colin, limosnero del rey, y después de 1538 Pedro Duchatel; había, pues, un principio de organización.

Aunque Budé no figuró nunca entre los lectores reales, no cesó hasta su muerte, acaecida en 1540, de intervenir íntimamente en la vida del nuevo establecimiento, cuyo verdadero creador había sido. Desde 1530 á 1547, enseñaron el griego Danés, Toussain, Strazel, Cheradame y Coroné; el hebreo, Guidacerius, Vatable, Paradis y Restaud de Caligny; matemáticas y geografía, Orancio Finé y Duhamel; latín, Latomus y Galland; lenguas orientales, Postel; filosofía griega y latina, Vicomerato, y medicina, Vidius. De manera que el Colegio concedía un puesto al Oriente al lado de Grecia y Roma y á las ciencias al lado de la cultura literaria, lo cual constituye una gran novedad. La forma habitual de las lecciones está indicada en los términos en que aparecen redactados los carteles que se fijaron en 1534 para anunciar las horas y las materias de los diversos cursos: «Agathias Guidacerius, profesor real, continuará mañana á las siete en el Colegio de Cambrai (que era en donde se daban las clases) sus lecciones sobre los Salmos, estudiando el Salmo vigésimo; el martes, á las dos, uno de sus jóvenes discípulos estudiará el alfabeto griego y la gramática de Moisés Rinitius.—P. Danés, profesor real de lengua griega, comentará el lunes, á las dos, en el Colegio de Cambrais, el libro de Aristóteles (1).»

La mayoría de los profesores eran franceses y pertenecían casi á la misma generación; «habían escuchado á los mismos maestros y estaban unidos por ideas comunes.» Gracias á esto se creó el «espíritu» del Colegio de Francia, que tuvo por principio el estudio de las lenguas y de la civilización antiguas, de la filosofía y de las ciencias, sin más preocupación que la de la investigación libre. Preciso es añadir que si los lectores reales contribuyeron poderosamente á desarrollar los nuevos estudios y á introducir un método en todo, no habían sido los primeros ni fueron los únicos en hacerlo, y que casi todos ellos ejercieron más influencia con sus lecciones que con sus libros, porque eran ante todo profesores.

Ya hemos visto cómo el idioma griego se había ido introduciendo poco á poco durante los reinados de Carlos VIII y de Luis XII. Sus progresos fueron favorecidos por los de la imprenta que facilitaron la publicación de gramáticas y diccionarios (2). Imprimiéronse entonces gran número de textos: en 1523, los dos primeros cantos de la *Iliada*, y en 1528, el *Cratyles* de Platón, las *Tragedias* de Sófocles y algunas *Comedias* de Aristófanes. Budé terminó en 1529 los *Comentarios sobre la lengua griega*, colección de artículos de lexicografía y de gramática, en los cuales daba la explicación de unas cinco mil palabras griegas, habiéndole auxiliado en esta labor principalmente Cheradame y Toussain. Cheradame enseñaba griego desde el año 1517 y confeccionó

(1) Los programas estaban redactados en latín.

(2) El primero de los numerosos diccionarios greco-latinos que se editaron en Francia data sin duda de 1512.

la edición de Aristóteles publicada en 1528; y él y Toussain trabajaron en los diccionarios que aparecieron antes de 1530. Cuando Francisco I hubo mandado fundir por Garamond los caracteres llamados «los griegos del rey,» las bellas ediciones se multiplicaron. Roberto Estienne I, nombrado impresor real para el griego, obtuvo el privilegio de emplear los «Garamond» y editó *Eusebio*, el *Nuevo Testamento*, *Dionisio de Halicarnaso*, *Dió Cassio*, etc. Antes de 1547 se habían publicado casi todos los autores griegos. En cuanto al latín clásico, la obra capital fué el *Thesaurus linguae latinae* compuesto por Roberto Estienne I y publicado en 1532 y 1536, libro al que se parecen mucho los *Commentarii linguae latinae* de Esteban Dolet (1536). Rabelais podía escribir sin demasiada exageración (allá por el año 1533): «Ahora están restablecidas todas las disciplinas, é instauradas todas las lenguas: la griega, sin la cual es vergonzoso que una persona se llame sabia; la hebrea, la caldea, la latina.»

La enseñanza del griego y del latín era esencialmente gramatical y filológica y los que la daban fijábanse principalmente en precisar el sentido de las palabras y en señalar todos sus matices por medio de ejemplos de toda clase que sacaban de los autores antiguos. Toussain «explicaba gramática griega, haciendo comprender (dice uno de sus oyentes) la fuerza de cada palabra, el verdadero significado de cada vocablo, cuáles eran los que convenía emplear y cuáles los que debían evitarse... Cada día explicaba las partes de la oración y algunos puntos de sintaxis...; no descuidaba las palabras particulares, ni las expresiones singulares, ni el tono ni el orden de la oración, ni la sintaxis, ni siquiera la etimología.»

La pasión que se sentía por las literaturas antiguas servía de estímulo para la busca de los manuscritos. Francisco I proyectaba instalar en Fontainebleau una biblioteca al lado de un museo, y allá por el año 1540, al mismo tiempo que enviaba á Francia á Primatice para buscar objetos de arte, encargaba á Guillermo Pellicier (1), su embajador en Venecia, que comprara manuscritos, porque aquella ciudad había conservado el monopolio de este comercio. A Venecia aflúan los aficionados, y el embajador de Carlos V, Mendoza, hacía allí la competencia á Pellicier lo mismo en punto á compras que respecto de la política. En octubre de 1541 fueron llevadas á Fontainebleau cuatro cajas de manuscritos griegos adquiridos ó copiados en Italia.

El hebreo era elevado casi á la categoría de las lenguas clásicas: su estudio, cultivado desde hacía mucho tiempo, había sido renovado á principios del siglo por el alemán Reuchlin, y su enseñanza figuró entre las primeras del Colegio de Francia. En cambio, el árabe, el caldeo, etc., eran incluidos en el número de los idiomas «peregrinos,» es decir, extranjeros. A estas lenguas peregrinas se dedicó Guillermo Postel, quien enviado por el rey en 1536 á Oriente, visitó Egipto, Siria, Constantinopla y á su regreso fué nombrado lector del Colegio real; de aquella excursión trajo gran número de manus-

(1) H. Omont, *Catalogue des manuscrits grecs de Guillaume Pellicier*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» XLVI, 1885. J. Zeller, *La diplomatie française vers le milieu du XVI siècle d'après la correspondance de Guillaume Pellicier*, 1881.

critos y en 1538 publicó un *Alphabet de douze langues* (Alfabeto de doce lenguas), primer ensayo de gramática comparada.

En 1540, otro sabio, Pedro Belón (2), emprendió con el apoyo del rey un viaje á Grecia y á la gran península del Asia Menor, receptáculo de pueblos y de recuerdos; el relato de su exploración, que publicó en 1552 con el título de *Observations de plusieurs singularités trouvées en Grèce, Asie, etc.* (*Observaciones de varias rarezas encontradas en Grecia, Asia, etc.*), revela una inteligencia curiosa, capaz de ver y de observar. Belón



Guillermo Budé
(Gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional, París)

posee las cualidades características del viajero y del naturalista; describe los países y las costumbres de los habitantes, tiene el sentido de las investigaciones etnográficas y reproduce en láminas muy interesantes un gran número de especies animales ó vegetales (3). Pero también hállase enteramente penetrado, á veces hasta embarazado de erudición clásica y le es preciso encontrar en sus autores los nombres griegos de las cosas que á su vista se ofrecen. No parece sino que nadie se atreviera entonces á sobrepujar á los nuevos maestros como tales aceptados.

Aquellos viajes y aquellas investigaciones abrían al pensamiento la cantera inmensa en donde se han realizado después descubrimientos tan importantes para la historia de la humanidad.

Lefevre de Etaples (4) había sido uno de los primeros en enseñar matemáticas según los nuevos métodos y había formado alumnos así alemanes como franceses. Los progresos de esta ciencia contribuyeron á los de la geografía, porque ésta tenía en aquel entonces el carácter de ciencia más bien exacta que de observación.

(2) Haureau, *Histoire littéraire du Maine*, segunda edición, 1871, tomo II.

(3) Y aun parece que puede encontrarse en él algo de las doctrinas evolucionistas modernas.

(4) Véase acerca de él, pág. 148.